

¡UNA LIMOSNA PARA HERNAN CORTES!

Por JOSE PLA CARCELES

“Cada vez más pagado de sus viejas raíces. ama a Guatemocín y aborrece a Cortés...”

*“Sinfonía del Indio Azteca”
Luis Fernández Ardavin*

Un amigo mío, hombre profesionalmente muy calificado para hacer catas psicoanalíticas, ha tenido excelentes ocasiones en estos últimos tiempos, de ponerse en íntimo contacto, en sus propios recintos nacionales, con gentes cultas de muchas de las repúblicas del continente americano. En todas ellas, menos en una, pudo observar un desbordante hervor de simpatía por España y admiración ante la magna obra de los conquistadores. La excepción es Méjico. En Méjico, so plan, desde hace ya bastantes años, vientos de franca hostilidad a cuanto se refiere a aquella obra. Abundan allí, sobre todo entre la juventud, los individuos que, fustigados por pintores de indudable genio original, manifiestan, a cada paso propicio, una intensa y rencorosa abominación por los tiempos de la dominación española. Son indigenistas; es decir, nutren una recia voluntad de mostrarse exclusivamente como descendientes del mundo de Moctezuma cuya civilización exaltan, avergonzándose del recuerdo de Hernán Cortés. Sabido es que no existe, en todo el hermoso ámbito del Anahuac, ni una estatua del capitán extremeño; no son pocos los mejicanos que hasta rehuyen el acompañar a los extranjeros a la iglesia donde se supone que yace su sepultura. En ningún recodo nacionalista del continente colombino ha dado más sazonado fruto la leyenda fraguada, en siglos de envidia, por nuestros rivales europeos; en ninguna parte ha cuajado, en forma tan agresiva y duradera, aquella interpretación peyorativa de los afanes y realizaciones de nuestros comunes abuelos, pues, quieran que no, los abuelos son comunes, acaso más de ellos que nuestrós. Al hablar mal de los españoles del siglo XVI, de los suyos hablan.

Cumpliéronse el año pasado cuarto siglos de la aparición de

la historia redactada por Francisco López de Gómara, el relato más completo hasta entonces publicado sobre la conquista del Nuevo Continente. La fundamental trascendencia de esta obra, en particular por cuanto atañe a los hechos de Méjico, radica en haber sido el acicate para que el medinés Bernal Díaz del Castillo, ya muy viejo y retirado en Guatemala, tomara la pluma con la misma audaz mano con que, en la segunda decena del siglo, había empuñado la lanza. Ante el manto de silencio que el ilustre capellán, desbordante de elogios para Cortés, había echado sobre las hazañas y penalidades de insignes compañeros suyos, Díaz, rudo hombre de acción, se convirtió en autor en demanda de reivindicaciones, contando las cosas tales y como él las había visto. Ello le ha valido este juicio del más completo de sus biógrafos, aquel entrañable hispanófilo escocés que se llamó Robert Cunningham-Graham y con cuya amistad se solazó mi larga estancia en Londres: "Lo que yo discierno en él, es consecuencia, sinceridad y, en lo fundamental, ausencia de la gruesa superstición que, en su tiempo, cegó a tantos de sus contemporáneos, aunque su fe fuera tan ardiente como la del que más... Aunque quiso y reverenció a Cortés, su comentario no estuvo empañado por el amor, pues ningún hombre ha visto con más claridad que él las faltas de los otros. Pero al igual que la locura de Don Quijote no rebajó en un átomo el respeto con que su escudero siempre lo miró, la admiración del soldado cronista por su general, nunca quedó menguada por sus críticas".

El voluminoso libro de Díaz del Castillo es, en efecto, la mejor cantera existente para extraer los materiales que permitan dar vida fiel a la figura de Cortés. En su estilo ingenuo, atento solo a contar lo que vió y sintió en su azarosa juventud, el cronista nos expone, desde los primeros capítulos, los factores psíquicos que han de prevalecer a todo lo largo de la dura conquista: la extraordinaria agudeza de Cortés para aprovechar, ante las miriadas de indios, que "sólo arrojándonos puñados de tierra, podían anegarnos", y la insignificancia de sus propias fuerzas, la feliz circunstancia del descontento de muchas tribus con el arbitrario despotismo de los aztecas; la urgente necesidad de fomentar con pruebas impresionantes, como la destrucción de ídolos y templos, la creencia de los aborígenes en el carácter divino de los hombres blancos; el ansia de abolir los sacrificios humanos, la antropofagia y los nefandos vicios contra natura; la necesidad de evitar deserciones por desengaño y fatigas; y, sobre todo, el logro del esencial objetivo —sincero brote del alma de los conquistadores y mandato terminante de los soberanos españoles— de laborar a la mayor gloria de Jesucristo. Todo ello, sin esquivar las sórdidas escenas de mutuas zancadillas y afán de lucro: el otro acerado nervio, junto al religioso, de la sin par conquista.

Al filo de la charla franca, sin afeites retóricos y con abundosos tajos de sintaxis, podemos vislumbrar emocionados, como bajo transparente cristal, el alma de la aventura, empaparnos de los motivos de sus durezas, pero admirar también el estupendo derroche de energías físicas y su cálido hálito misionero. A cada paso vivimos los detalles incidentales de la proeza, sentándonos entre los protagonistas a la vera de un arroyo, a la sombra de algún maravilloso sombrero.

para limpiar los arcabuces, dar de beber a los enfangados corceles, curar heridas con "unto de indio", después de una batalla ganada o perdida, mascar un mendrugo de pan basto con alguna extraña fruta, cambiar alegrías y tristezas —¡aquella trágica "noche triste!"— oír los motes de quienes nos rodean y proseguir la cansina marcha hacia lo ignoto, luego de haber cavado una sepultura y rezar un padrenuestro al mejor descanso del que se queda, para la eternidad, en la espesura del bosque sin nombre...

No es posible catalizar, en el reducido espacio disponible para un artículo, la enorme floración de hechos y nuestras posibles reflexiones de cargo y descargo, que hacen latir con fuerza el corazón al leer los anales del viejo capitán. Son muchos los capítulos, de transcendencia secundaria desde luego para la exposición de los acontecimientos principales, pero que resultan indispensables para envolvernos en el ambiente de la época, si queremos interpretar con justicia, como se debe, la gloriosa página histórica de la incorporación del Anahuac al mundo de la civilización europea, o civilización sin adjetivo. Cada uno de ellos es un patente compendio de cuantos abigarrados factores integran ese complejo de la conquista y roturación de todo un continente nuevo y vastísimo, donde algunos se empeñan en no ver, al socaire de modas ideológicas pasajeras o de andrajos de mentiras gananciales, más que codicia y los inevitables vastos charcos de sangre autóctona.

Dios libre mi conciencia de mancharse con el disimulo respecto a los feroces desafueros del impulsivo Alvarado y de otros subalternos, que en tan desesperados trances pusieron varias veces a Cortés, ni con el silencio de la más categórica condenación para la cruel tortura por éste infligida al bravo e infeliz Guatimocín, a fin de arrancarle confidencias sobre el lugar donde había escondido su tesoro. No; lo condenable hay que condenarlo en voz alta. Aunque nos duela en el alma. Mas no olvidemos que la práctica del suplicio, para lograr confesiones, era entonces moneda corriente en toda Europa. Entonces solamente? Y no olviden los actuales exaltados indigenistas que las peores servicias, las destrucciones mayores, las perpetraron, contra la voluntad de Hernán Cortés, sus aliados tlascaltecas, ansiosos de venganza sobre los aztecas bajo cuyo poder tanta barbarie habían venido sufriendo. Pasó allí como ahora, corridos cuatro siglos, está pasando en Corea, donde los americanos se ven y se desean para contener la furia sádica de los soldados aborígenes del sur en desquite a los horrores cometidos por sus hermanos nortños. Lastimosas demoliciones de ciudades o monumentos? Despleguemos nuestra contemporánea película de Coventry, Berlín, Monte Cassino e Hiroshima... Mal catalejo para ver la historia son las anteojeiras.

"Arrojo, crueldad y orgullo racial, codicia de oro y fe ciega en su religión con absoluto desprecio de las de los otros, fueron, sin duda, las principales fallas de los conquistadores españoles; pero reconocamos que, en lo general, tales fallas son inherentes a la humanidad, especialmente de quienes se encuentran situados, al igual que ellos, como dioses entre seres de raza más débil. Quién se atreverá hoy, en Inglaterra o en Francia, en España o en cualquiera otra nación, a cri-

ticarlos? Lo que corresponde es más bien maravillarnos ante sus hazañas, olvidar sus crímenes y pedir perdón por sus pecados que, en el fondo, son de igual naturaleza que esos en que nosotros, hombres del progreso y de la luz, estamos cayendo, sin tener las disculpas que ellos tuvieron. Creyeron ser instrumentos de Dios, exactamente lo mismo que nosotros nos creemos ser instrumentos del progreso; y bien pudiera ser que tanto ellos como nosotros andemos errados en el aprecio de nuestros actos". Tal es la sentencia de Cunninghame-Graham, espíritu cuya pluma difícilmente podría tacharse de conformista con injusticias.

Para no citar más que extranjeros en esta reivindicación, el francés Jean Babelon termina así su biografía de Cortés: "La destrucción sistemática de los aztecas es una leyenda, acreditada en buena parte por los escritos de un idealismo plausible, pero tendencioso, de Bartolomé de las Casas. Es mas al norte, por el anglosajón, donde el indígena ha quedado aniquilado. Conviene no olvidarlo. Tan poco han desaparecido los aztecas, que, tomados en masa, los mejicanos del siglo XX, no tienen de europeo y latino mas que la lengua y la cultura. Esos dones preciosos a quién se los deben? Por eso no puede uno explicarse los actuales estériles rencores. La piedra de los sacrificios humanos está ahora en el Museo de México. Se preferiría que estuviese aún en su sitio ritual, en la cumbre del teocali, donde retumba el mortífero tambor, ungida anualmente con la sangre de veinte mil víctimas?"

Conquistas como la del Anahuac no se hacen con coristas del **Salvation Army**. Esto todo el mundo debería saberlo. Mentira parece que, después de las cosas ocurridas durante la última guerra, aun resulte pertinente escribir artículos como éste —desde luego con toda la altivez del clásico mendigo— en pro de una limosna de agradecida comprensión, en Méjico, para su ínclito civilizador.